

Medardo Fraile

LA VISITA

Cuando vino Visitación a visitarnos, nuestra casa se fue iluminando poco a poco, aunque nosotros, de momento, no nos dimos cuenta.

—Mira, hijo, aquí está Rafaela, que viene en plan de guasa —dijo mi madre.

La conocíamos, la habíamos visto en alguna parte, era o parecía amiga nuestra, pero no llegó disfrazada de Rafaela ni de nada.

—Los años no pasan por ti, Rafaela... Tú, con tu humor de siempre...

Y yo miré a mi madre, porque para mí estaba claro que no era Rafaela.

Mi madre había abierto la puerta y ella, con los brazos abiertos, le dijo:

—¿No te acuerdas de Visitación?

Y mi madre se quedó un punto perpleja y se echó a reír:

—¡Visitación...! Qué cosas tienes, Rafaela... ¡Tú siempre con tus bromas!

Y, pasado un rato, dos o tres minutos, yo no había visto el piso con tanta luz desde que en la Nochebuena vinieron mis tíos y mis primos para pasarla juntos.

Mi madre no paraba de mirar y remirar a Visitación y dijo:

—¿Quién te ha maquillado tan bien?

—¡Huy! —respondió la señora— ¡Si vieras el tiempo que hace que eso no me preocupa...!

La mujer entonces me miró sonriendo:

—¡Hay que ver lo crecido que está Teodorito! ¿Te acuerdas de aquel tren de madera que te regalé cuando te pusiste tan enfermo con cuarenta de fiebre?

Yo lo recordaba muy bien, pero me callé.

—¿Fuiste tú la del tren? —dijo mi madre—. Yo creo que no, que fue Librada, la mujer de mi hermano, que estaba entonces embarazada con el primero... Luego, tuvieron tres más...

—Fui yo, mujer... Mira, aún me acuerdo... Era una locomotora verde con chimenea roja y cuatro vagones verdes y amarillos...

Mi madre se quedó pensándolo:

—Quizá tengas razón, hija... Como no hacía todavía un año que había muerto Paco, no andaba mi cabeza para pensar en juguetes... No sé...

Estuvo bastante tiempo allí, o eso me pareció, la mujer que no era Rafaela, a la que mi madre y yo no paramos de mirar y ella, tranquilamente, venga a sonreírnos y a charlar, tan feliz de vernos.

—En fin, Rafaela...

—Visitación —rectificó ella.

—En fin, Rafaela —insistió mi madre—, el tiempo nos cambia tanto que no nos conocemos... ¡Hay que ver lo que has cambiado! Hasta tu nombre es otro, según parece... Lo que es vivir en el extranjero...

—¡Y tú también, Jacinta, y tú también!
Al fin se levantó, muy satisfecha, me dio un beso, abrazó a mi madre y, al despedirse, nos dijo:

—¡Y a ver si ahora no pasa tanto tiempo sin vernos! Tan amigas como éramos, ¿te acuerdas?

—¡Llevas razón, hija! ¡Llevas razón, es verdad!

La oímos bajar por la escalera y nuestro piso, mientras se alejaba, se fue quedando a oscuras y entonces nos dimos cuenta de la mucha luz que había cuando estaba allí y mi madre, algo precipitada y temerosa, se fue a encender la luz de la cocina.

—¡Qué pronto se ha hecho de noche!— exclamó.

Y enseguida dejamos la puerta entornada y nos fuimos al piso de doña Matilde, que tenía teléfono, para llamar a mis tíos, por si habían visto ellos a Rafaela. Mi tío le dijo:

—Rafaela se marchó a Alemania con su hijo, el que se fue a trabajar allí y se casó con una del país. Que yo sepa, no ha vuelto por aquí desde hace más de siete años... A lo mejor ha muerto, porque tenía unos cuantos años más que tú...

—¡Dios no lo quiera...! Pero sí que me lleva bastantes años... Acuérdate de que era amiga de mi madre...

Él le preguntó por qué le interesaba tanto saberlo y ella le estuvo contando lo de Visitación. Cuando acabó oí que el tío le decía alzando mucho la voz:

—Y si no estabas segura, ¿por qué no le has dicho que se fuera?

—Pues no lo sé... Porque me parecía que la había visto alguna vez... No me atrevía a hacerlo...

—¡Tú estás loca! Mira a ver si te falta algo en la casa...

Volvimos y estuvimos viendo si nos faltaba algo pero no echamos nada en falta.

Las pocas veces que hablamos ahora de eso soy yo el que lo saca a relucir, y mi madre sigue nombrando a Rafaela y no a Visitación, como si no quisiera hablar de fantasmas, o sintiera algo de miedo... Rafaela una y otra vez: no hay quien se lo quite de la cabeza...

